

Coronavirus: La Responsabilidad de la Iglesia hacia la Comunidad de Fe

Richard J. Mouw

Recientemente, en una entrevista de radio, el presentador me preguntó en pocas palabras cómo caracterizaría lo que le ha estado sucediendo a las iglesias durante esta crisis del coronavirus. Mi respuesta: “Estamos viviendo un momento de enseñanza”.

A él pareció gustarle mi respuesta, pero no me dio la oportunidad de ampliar esa observación. Ciertamente, estamos en una situación en la que podemos realizar alguna enseñanza. Pero quizás lo más importante es que estamos experimentando la oportunidad de que *se nos enseñen* algunas cosas importantes. Y el verdadero maestro en esta situación es Dios mismo. Estoy convencido de que el Señor desea apremiantemente que aprendamos algunas cosas nuevas, si es que realmente estamos dispuestos a que ser enseñados.

Permítanme comenzar con los aspectos básicos de lo que podríamos aprender, enfocando nuestro alcance evangelístico. Encuentro que muchos de mis amigos no cristianos están muy desesperados en estos días.

Recientemente, uno de ellos me lo planteó de una manera muy directa: “¡Siento, por primera vez en mi vida, que las cosas están completamente desesperanzadas! Yo no veo el final de esta plaga que estamos experimentando. ¡No tengo ninguna razón para creer que las cosas que he esperado en mi vida sucederán alguna vez!”

Desde una perspectiva cristiana, esta persona tenía razón. Las cosas están realmente mal. Estamos en un lío. Desde el punto de vista humano, nuestra situación se siente realmente desesperanzada. El coronavirus es bastante malo, pero cuando lo vemos en relación con lo que parecen ser desarrollos irreversibles en el cambio climático y las realidades político-económicas globales, es difícil pensar en soluciones a las amenazas que enfrentamos.

Y muchos de los antiguos apoyos intelectuales ya no existen. El tipo de pensamiento filosófico de la Ilustración, que había alentado a muchos a confiar en el poder de la racionalidad humana, es ahora ampliamente proclamado como un engaño. Los mecanismos populares de supervivencia de “cara sonriente” no fallan en levantar nuestros espíritus. Estamos incrementalmente más desilusionados con los líderes nacionales que parecían ofrecernos esperanza en un pasado no muy lejano.

Nosotros los cristianos deberíamos sentir empatía por todas estas cosas. Pero también tenemos más que decir. Hay un Dios que es soberano sobre todas las cosas, y ese Dios todavía ama al mundo que él creó. Algún día el Señor hará nuevas todas las cosas. Aquellos que ponen su confianza en Jesús pueden vivir con la confianza de que, de hecho, hay un final feliz para la historia. Para nosotros, estas cosas capturan la realidad subyacente de nuestra situación actual, y bien puede ser que el Espíritu Santo esté obrando de maneras nuevas para abrir corazones previamente endurecidos a las Buenas Nuevas que hemos sido llamados a compartir.

Sin embargo, para ser portadores de este maravilloso mensaje, tenemos que estar abiertos a las lecciones que necesitamos aprender, mientras que atravesamos esta crisis del coronavirus. ¿Qué necesita hacer la iglesia para equipar al pueblo de Dios para que sean sus agentes en nuestro contexto actual? Un área obvia de aprendizaje está relacionada con nuestra vida de adoración. No es suficiente anhelar un regreso a la forma en que las cosas eran antes en nuestra vida como iglesia. En estos días, muchos de nosotros estamos afligidos por las cosas que hemos perdido como pueblo de adoración. Cantar himnos enérgicamente en bancos abarrotados y en la galería del coro. Escuchar sermones con los ojos

dirigidos hacia el pastor que está situado detrás de un púlpito o facistol.
Cenas para compartir. Campamentos juveniles.

Quizás algunas de las cosas regresen por completo eventualmente, pero es posible que nunca sea exactamente como era en el pasado reciente. Esto significa que tenemos que hacernos algunas preguntas importantes. ¿Qué aspectos de nuestra vida juntos como comunidad de adoración son los no negociables si simplemente vamos a *ser* el Cuerpo de Cristo?

Incluso puede ser que estemos siendo bendecidos con el regalo de pensar nuevos pensamientos acerca de cómo experimentar una comunidad genuina. Mi experiencia como maestro de la generación más joven de cristianos es que, mientras existe un deseo fuerte y continuo de su parte por una conexión cara a cara, también hay una inmersión en nuevas formas de procesar y fortalecer las relaciones a través de las “redes sociales”. En este tiempo de cuarentena, muchos de nosotros, las personas mayores, nos hemos visto obligados a aprender cómo los desarrollos tecnológicos pueden fomentar nuevas formas de comunicación y de relacionarse con los demás. El futuro de la iglesia puede tener algo que ver con nuestra voluntad de incorporar estos nuevos patrones de construir y sostener la comunidad.

Lo más importante aquí es lo que es esencial para equiparnos para ser enviados desde nuestras actividades comunitarias a nuestra vida diaria como discípulos de Jesucristo. Los patrones que experimentamos en ese mundo cotidiano obviamente han sido cambios significativos. Durante los últimos años, hemos estado diciendo que estamos experimentando una polarización mucho mayor en la cultura en general. Pero ahora tenemos nuevas tensiones que no podríamos haber imaginado hace un año. Enfrentamientos—incluso, a veces violentos—por mascarillas. Profundas preocupaciones acerca de la mejor manera de educar a nuestros hijos. Desacuerdos significativos relacionados a en qué líderes podemos confiar y en qué tipo de expertos deberíamos confiar.

La pregunta de los expertos es especialmente importante para que los cristianos reflexionen sobre ella de manera cuidadosa. Cuando crecía en la comunidad evangélica, se me advirtió que no aceptara simplemente todo lo que mis maestros de secundaria decían sobre las interrogantes de los orígenes de la vida humana. “Evolución” era una palabra mala. Pero en estos días, muchos cristianos han inventado nuevas palabras malas relacionadas a la forma en que vemos la experiencia científica: “cambio climático”, “cuarentena”, “vacunación”, por nombrar algunas que resultan obvias.

La crisis de Covid-19 ha traído nuevos tipos de conflictos entre la fe y la ciencia dentro de la comunidad cristiana. Y estos no son argumentos principalmente intelectuales acerca lo que pudo haber sucedido o no hace millones de años. Tienen que ver, no solo con preguntas urgentes sobre salud y seguridad pública, pero también con inquietudes desconcertantes acerca de las opciones que deben tomarse para la recuperación económica.

Ronald Thiemann, quien enseñó teología en Harvard, escribió en 1991 que es importante que las iglesias locales sirvan como “escuelas de virtud pública”, donde los creyentes aprenden a “formar el tipo de carácter necesario para la vida pública”. Esa insistencia es aún más importante hoy. Ser cristiano es tener fuertes convicciones acerca de algunas de las preocupaciones más importantes de la condición humana. Y necesitamos hablar claramente sobre por qué creemos lo que creemos. “Estén siempre preparados”, nos dice el apóstol, “para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes”. Pero luego agrega inmediatamente: “Pero háganlo con gentileza y respeto” (1 Pedro 3:15-16).

Un espíritu gentil y respetuoso hacia las personas que son diferentes a nosotros es un bien cada vez más escaso en la vida pública de hoy. Necesitamos explorar—empleando el poder de discernimiento del Espíritu—debajo de los gritos airados y los insultos para identificar las heridas, los

temores y las aflicciones más profundas que han invadido tantas vidas durante esta enfermedad endémica. Podemos mostrarles un espíritu diferente, con una disposición de mirar críticamente nuestras propias actitudes que, en muchas ocasiones, han estado equivocadas. Podemos mostrar cómo es posible escuchar genuinamente a otros con quienes no estamos de acuerdo. Podemos señalar a una forma diferente de abordar las preocupaciones raciales y étnicas al cerrar la brecha de las divisiones en la conciencia de nuestra humanidad compartida. Y podemos demostrarles a los demás lo que significa vivir con una esperanza genuina cuando la desesperanza ha tocado tantas vidas.

Jesús nos dice que él vino al mundo para que los que lo sigan puedan vivir “en abundancia” (Juan 10:10). Hablar de una vida más abundante puede parecer algo equivocado en esta época de pandemia. Pero en realidad, puede que sea lo correcto al explorar entre nosotros y ofrecernos a nuestros vecinos con un espíritu de esperanza. La abundancia bien puede prosperar entre nosotros en la medida en que estemos dispuestos a aprender nuevas lecciones, promover nuevos patrones de comunidad y encontrar nuevas formas de llorar con aquellos que sufren, mientras señalamos a Aquel que ha prometido “hacer fluir sus bendiciones hasta donde se encuentra la maldición”.

